

nal en el bien á todos los que lo practiquen, hasta el momento supremo en que dejando este lugar de destierro recibais Vos, Madre mia, nuestras almas para presentarlas á vuestro Hijo divino Jesus, y en el cielo seamos coronados con Vos para ser dichosos y bienaventurados por los siglos de los siglos. Amen.

PANEGÍRICO
DE
MARÍA SANTÍSIMA,
REINA DE TODOS LOS SANTOS

Y
MADRE DEL AMOR HERMOSO.

*Omnis gloria ejus filiae regis ab
intus... Adducentur regi virgines
post eam.*

Toda la gloria de la hija del rey es
de dentro. Serán llevadas al rey virgines
en pos de ella.

SALM. XLIV. 14.=15.

Hubo un dia, A. H. M., célebre para Betulia, y no menos glorioso para la hija de Merari, viuda de Manasés. Este dia célebre fué aquel en que la heroica Judith, decapitando á Holofernes general del ejército de los asirios, dió la libertad á su pueblo, «y afrentó á la casa del rey Nabucodonosor,» como confesó Vagao al ver tendido por tierra al cadaver de Holofernes bañado de su propia sangre en su misma cámara. Este dia glorioso para Judith fué aquel en que «el sumo pontífice Joacim, habiendo llegado de Jerusalem á Betulia con todos sus ancianos para ver á esta heroína la bendijeron todos á una voz diciendo: Tu eres la gloria de Jerusalem, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo, porque te has portado varonilmente, y tu corazon se ha confortado; por tanto la mano del Señor tambien te ha confor-

tado, y por eso serás bendita para siempre. Y dijo todo el pueblo: Así sea, así sea.»

Día célebre también ha sido para la Iglesia de España, y muy glorioso para María nuestra bendita Madre el 21 de Julio de 1870, en que la Santidad de Pio IX, nuestro Santísimo Padre y Pontífice supremo de la Iglesia de Jesucristo, accediendo benignamente á las súplicas de los muy reverendos Arzobispos y Obispos de nuestra amada nación, se ha dignado conceder una fiesta particular de la bienaventurada Virgen María con el título de «Reina de todos los Santos, y Madre del amor hermoso» con que la hemos venido celebrando en el próximo mes de Mayo que hemos consagrado á su culto mas particularmente con los piadosos ejercicios que para ello le tributamos. Grandes merecimientos vió el pontífice de la antigua ley Joacim para llamar á Judith «gloria de Jerusalem, alegría de Israel y honra de aquel pueblo.» ¿Qué habrá visto el grande Pio IX, Pontífice de la ley nueva, en la Santísima María para llamarla «Reina de todos los Santos y Madre del amor hermoso?» Entonces los ancianos de aquel pontífice, el senado de Jerusalem, aclamaron entusiasmados á la mujer hebrea que tanto bien habia hecho á Betulia. Ahora los Prelados de la Iglesia de España proclaman también llenos de santo júbilo con el supremo Pastor de la Iglesia universal las glorias de otra mujer hebrea inmensamente mas célebre que aquella. Esa mujer es María, «y si el dia de la festividad de la victoria de Judith es admitido por los hebreos en el número de los dias santos, como leemos en las Escrituras, y es honrado por los judios desde aquel tiempo hasta el dia presente;» el dia de la festividad de Maria bajo el título de «Reina de todos los Santos y Madre del amor hermoso,» vencedora del mundo y del infierno, es contado también entre los dias sagrados de nuestra Iglesia, yo no dudo que sea honrado por los católicos hasta un tiempo indeterminado, hasta la posteridad mas remota; tan profundas son

nuestras convicciones y tan ferviente nuestra piedad en esta advocacion de la Virgen de los cielos.

Al pensar en esta concesion pontificia que dá una sancion solemne al culto que en el mes de Mayo consagramos á María, ofreciéndola nuestros homenajes de amor, de respeto y gratitud, llamándola «Reina de todos los Santos y Madre del amor hermoso,» yo he recordado que en el Salmo XLIV de David ya se consideraba á la Santísima María adornada de estos esclarecidos títulos; porque lo que se dice de la esposa célebre de Salomon en dicho Salmo se aplica convenientemente á María por San Bernardo, San Ildefonso, y otros intérpretes sagrados. ¡Ah! ¿quién duda que esta esclarecida Señora es aquella de quien se dice: «Asistió la Reina á tu derecha, como el primer lugar que se acostumbra dar á las reinas, con vestido de oro purísimo, rodeada de varios adornos, galas y joyas, enaltecida con la caridad, y la variedad de virtudes y dones de gracias con que el Rey de los cielos ha querido engrandecer á su Esposa María? Este Rey celestial codiciará su belleza, porque Él es el Señor su Dios. Toda la gloria de la hija del Rey es de dentro en franjas de oro, sus adornos son espirituales é internos y no mundanos, vestida de variedades. Esta esposa conducirá en su seguimiento al rey muchas almas puras é inocentes, una infinidad de vírgenes parecidas á ella en hermosura: *omnis gloria ejus filia regi, ab intus. Adducentur regi virgenes post eam.* Engrandecida María con las mas singulares prerogativas, rica con los dones celestiales que son consiguientes á su altísima dignidad de Madre del Unigénito de Dios hecho hombre, Hija del eterno Padre, y Esposa Santísima del Espíritu Santo; y al mismo tiempo, «habiendo atesorado muchas mas riquezas de virtudes que todas las demás criaturas, á quienes ha aventajado» con sobrado fundamento la llamamos «Reina de todos los Santos:» *omnis gloria ejus filia regis ab intus.* Depositaria á la vez y dispensadora de esas mismas riquezas que el Señor su

Dios le ha concedido con tanta liberalidad, y que Ella ha sabido acrecentar en su corazón en virtud de su diligencia y de sus admirables sacrificios, María inspira, modera y ordena en las almas el principio de toda obra buena que es el amor verdadero de Dios, pues «ama á los que la aman y la hallarán los que con diligencia la buscan,» y ved porque también la llamamos «Madre del amor hermoso:» *adducentur regi virgenes post eam*; Reina y Madre que con mas fundamento que los habitantes de Betulia á Judith podemos aclamarla «gloria de Jerusalem, alegría de Israel, y honor y timbre esclarecido de nuestro pueblo.»

Condensando A. M., en breves palabras estos pensamientos que han de ser el asunto de mi discurso en este día, diremos que la santidad y gloria de María son tan extraordinarias que la han elevado á la altísima categoría de «Reina de todos los santos» aventajando á todos ellos: *omnis gloria ejus filia regis ab intus*; que esa gloria y esa santidad las comunica María, como «Madre del amor hermoso,» inspirando á las almas de diferentes maneras ese amor divino para que se acerquen al Rey de los cielos su Señor: *adducentur regi virgenes post eam*. ¡Qué bellas flores son estas con que el celestial y amante Esposo de nuestra Madre bendita ha hermoñado su brillante guirnalda! ¡Ojalá percibamos algo de la esquisita fragancia que aquellas exhalan, y percibiéndola bendigamos una vez mas á nuestra excelsa Reina, y corramos en pos de sus delicados perfumes! Acerquémonos á su altar venerando para pedir al cielo por la mediación de esta Señora las gracias que respectivamente necesitamos á este fin, saludándola con las palabras que nos ha enseñado el arcángel San Gabriel:

AVE MARÍA.

1.

«En medio de su pueblo será ensalzada, y será admirada en la plenitud de los santos, y en la muchedumbre de los escogidos tendrá alabanza, y entre los benditos será bendita. Yo soy madre del amor hermoso, y del temor y de la ciencia, y de la santa esperanza. En mí toda la gracia del camino, y de la verdad, en mí toda esperanza de vida y de virtud. Pasad á mí todos los que me codiciáis y llenaos de mis frutos. Se hará memoria de mí en las generaciones de los siglos:» *memoria mea in generationes sæculorum*. He aquí, A. H. M., como la Sabiduría divina, dándonos á entender en el libro sagrado del Eclesiástico algunas de sus excelencias y origen altísimo, ha indicado al mismo tiempo los dos títulos grandiosos de «Reina de todos los Santos y Madre del amor hermoso» con que hoy admiramos á la gloriosa Virgen María. La Iglesia católica, asistida siempre del Espíritu Santo, absorta en la contemplación de esta Mujer extraordinaria y como asombrada de su elevación, la aclamó Reina de las vírgenes y de los confesores, Reina de los mártires y de los apóstoles, Reina de los profetas y de los patriarcas; la llamó Reina de los ángeles; y como si le faltasen palabras para enaltecerla, cual corresponde á su encumbrada dignidad, concluye proclamándola «Reina de todos los santos:» *Sancta Maria, Regina sanctorum omnium*. Para dar este sublime título á nuestra bendita Madre, ha tenido presente sin duda que la santidad y la gloria de María exceden con mucho á la gloria y á la santidad de todos los elegidos de Dios; porque la gloria de esta dichosísima Hija del Rey eterno de los cielos, hallándose en su interior, se manifiesta á nosotros en la constancia de su fidelidad á la gracia que ha recibido, en el heroísmo de sus virtudes, en la

generosidad de sus sacrificios, y esa generosidad y ese heroísmo, y esa constancia, han sido mas excelentes en María que en todos los santos; y de aquí el que se llame y sea Reina de todos ellos: *omnis gloria ejus filiae regis ab intus*.

Cuando el arcángel del Señor, H. M., visitó á esta Señora en su pobre casa de Nazareth la reveló toda la grandeza que Ella sin saberlo, atesoraba en su purísimo corazón; la dijo «llena de gracia:» *ave gratia plena*; aceptísima á Dios, extraordinariamente santa por aquella gracia que no puede pensarse mayor; llena de gracia, no como lo estuvieron San Estéban, segun se nos dice en los Hechos apostólicos, y los Apóstoles que recibieron la plenitud de suficiencia para que dignamente llenasen los cargos de su ministerio, sino de «aquella gracia que en frase de San Pedro Crisólogo, dió gloria á los cielos, Dios á la tierra, fe á las gentes, fin á los vicios, orden á la vida, disciplina á las costumbres; porque á cada uno se ha dado gracia por partes, pero á María se le ha dado juntamente toda la plenitud de la gracia:» *Mariae vero simul se totam dedit gratiae plenitudo*. El ángel la dijo tambien: «El Señor es contigo:» *Dominus tecum*; «está contigo, el Padre, que hace que su Hijo sea tu Hijo; está contigo, el Hijo que, para realizar en tí un admirable sacramento, descubre asi de un modo portentoso el secreto de su generacion, y á tí te guarda tu virginidad; está contigo, el Espíritu Santo, que con el Padre y el Hijo santifica tu seno:» *qui cum Patre et Filio tuum sanctificat uterum*. Por último, la dijo el ángel: «Bendita tú entre las mujeres:» *benedicta tu in mulieribus*; y la bendicion de Dios, H. M., entraña su beneficencia y la concesion de sus dones, pudiendo decir á María con mayor fundamento que Onias á Judith: «Bendita eres del Señor Dios excelso tú, oh hija, sobre todas las mujeres de la tierra:» *benedicta es tu, filia, á Domino Deo excelso præ omnibus mulieribus super terram*. Aunque la gloriosísima Virgen de nuestros cultos no tu-

viera otros títulos de santidad que estos, revelados y sancionados por el arcángel del Señor, bastarian para ser llamada «Reina de todos los santos» agregándose á esto que ha sido tan fiel en conservar esa gracia divina que tan copiosamente se le concedió, que «es aquella vara de que habla el Espíritu Santo, ha dicho San Ambrosio, enteramente recta, lisa y luciente en donde jamás se ha hallado ni el nudo del pecado original, ni la corteza del pecado actual.» María no ha dejado jamás de estar con el Señor, y bendita siempre entre todas las mujeres, y entre todas las criaturas, no ha desmentido su fidelidad á las gracias del cielo ni aun por un solo momento. Puesta á prueba de grandes dolores ha ofrecido á Dios los sacrificios mas penosos á la naturaleza, y su fidelidad al retiro, y á la oracion ó al trabajo, á sus propios deberes, como á las obligaciones de la ley, se la ha visto no declinar á la diestra ni á la siniestra en el estrecho y difícil camino que la llevaba al cielo, haciendo ver que su gloria y su santidad estaban íntimamente radicadas en lo mas profundo de su benditísimo corazón: *omnis gloria ejus filiae regis ab intus*.

Esa constante fidelidad de María á la gracia divina la lleva al heroismo de todas las virtudes, y á la generosidad mas admirable de todos los sacrificios que habian de elevarla á la encumbrada dignidad de Reina de todos los santos. Con efecto, A. H. M.; á los ojos de Dios el mas bello título de gloria es la inocencia, y las riquezas mas preciosas son los tesoros de la gracia y de la virtud, y gracia é inocencia encontramos en tantas almas justas como nos ofrece «aquella muchedumbre inmensa que vió el apóstol amado de Jesus, muchedumbre que ninguno podia contar, compuesta de todas naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas que estaban en pié ante el trono y delante del Cordero, cubiertos de vestiduras blancas y llevando palmas en las manos en señal de su triunfo:» *amictis stolis albis, et palmæ in manibus eo-*

rum. Empero la virtud, y la gracia, y la inocencia de los santos todos no pueden compararse con la santidad de María que nos ofrece el retrato mejor acabado de la Hija amada del eterno Padre, de la Madre esclarecida del Hijo de Dios, de la Esposa predilecta del Espíritu Santo. Adornada de todas las virtudes del cielo, María nada tiene que ver con la tierra; su espíritu, su corazón, sus sentidos estuvieron siempre, desde el instante primero de su concepción inmaculada, hasta el último momento de su vida sobre la tierra, como llenos de la divinidad; sus palabras sus acciones, sus miradas, todos sus pasos llevaban el sello de la más sublime, perfecta y heroica santidad. «Criada en el Espíritu Santo,» como leemos en el Eclesiástico, esto es, en la justicia y en la santidad, se lanza á la carrera de la virtud, y hace aparecer una santidad hasta entonces desconocida al mundo, y después no vista jamás, una santidad que no cesa de crecer hasta su último suspiro. Preservada del aguijón de una carne rebelde, gracia que no tuvo santo alguno, está toda llena de las inspiraciones santísimas de la eterna sabiduría, toda abrasada de los ardores celestiales de la caridad de Dios, siempre exenta aun de las más ligeras imperfecciones, de las más leves faltas. ¡Oh! qué hermosos son los pasos de esta hija del Príncipe, de esta hija agraciada del Rey de la gloria! *¡Quam pulchri sunt gressus tui, filia Principis!* Mas favorecida que Esther elevada en su retiro bajo las miradas, y por los cuidados de Mardoqueo, María á la sombra del santuario, y en su casa de Nazareth, y en su destierro de Egipto, y donde quiera que se ha encontrado tiene á Dios por padre, por madre, por maestro y por guía, y de esta manera lleva sus virtudes hasta el más alto grado de heroísmo, hasta conseguir que la gloria de Dios que alienta su alma la merezca ser la Reina de todos los santos: *omnis gloria ejus filiae regis ab intus.*

En cuanto á la generosidad de los sacrificios de nuestra

Madre Santísima sería preciso, A. M., que entráramos en los admirables pormenores de su prodigiosa vida, y aun así, ¿cómo comprender todo su mérito? Belén, Egipto, Nazareth, Jerusalem, el Calvario, ¡qué ideas despiertan en el alma esos venerandos lugares, teatros de la abnegación, de la paciencia, de la resignación de la Madre de Dios, y cómo enaltecen el relevante mérito de María los sacrificios ofrecidos en ellos! ¿Quién entre las vírgenes del Señor, entre las madres más cariñosas y diligentes, entre las mujeres más célebres y admirables ha llevado más lejos que María la pureza de su vida, el amor de su corazón, la santidad de sus obras, dignificándolas como Ella con todo linaje de penalidades y sacrificios? ¿Quién entre el número de los patriarcas y de los profetas ha tenido una fe más viva, una esperanza más ardiente, en medio de las pruebas á que la divina providencia ha sometido esa esperanza y esa fe, pruebas que hubieran hecho vacilar á otras almas menos virtuosas que María? ¿Quién de los apóstoles y de los mártires ha dado más elocuentes lecciones de celo, de resignación, de firmeza y valor que María en diversas ocasiones de su vida, y muy señaladamente hallándose al pie de la cruz de Jesús su divino Hijo? Pues María ha deseado el drama sangriento del Calvario; María ha buscado este espectáculo desgarrador; María lo ha soportado con aquella intrepidez heroica que solo puede dar la virtud más sublime, que solo puede brotar del corazón de la Hija excelsa del Rey, cuya gloria le ha comunicado este Señor para que sea la Reina de las vírgenes y de los confesores, de los mártires y de los apóstoles, de los profetas y de los patriarcas, de los ángeles y de todos los santos: *omnis gloria ejus filiae regis ab intus.*

¿Qué tiene ya de extraño que todas las criaturas estén sometidas al imperio de María, si es la Reina de los ángeles y de los hombres? «Los serafines, dice un escritor, las celestes inteligencias se humillan, se abaten delante de esta